



AÑO III

← BARCELONA 8 DE DICIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 154



DOS VECES NIÑOS, cuadro por Loivitz

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA CIUDAD DE LOS CÉSARES, por don A. Blanch.—EL BUEN EJEMPLO, por don R. de Campoamor.—TIPOS CONTEMPORÁNEOS, por don Fernando Araujo.—EL PORROCA, por don E. Benot.

GRABADOS.—DOS VECES NIÑOS, cuadro por Loivitz.—GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart.—¡POBRE CIEGO! cuadro por Leopoldo Cárlos Muller.—MERCURIO, estatua por Sellier.—LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN EL CONGRESO DE BERLIN.

NUESTROS GRABADOS

DOS VECES NIÑOS, cuadro por Loivitz

Hay una edad feliz en que se vive del presente, y hay otra edad en que se vive de los recuerdos del pasado. El niño y el anciano tienen muchos puntos de contacto; aquel es autoritario y despótico como puede serlo el viejo más imperioso y regañón; éste es algo bullicioso é imprudente como un colegial mal vigilado ó un mayorazgo educado en la convicción de su superioridad. Las travesuras de los niños y de los viejos revisten á menudo una forma comun: la diferencia más esencial entre unas y otras es que las de los niños se cometen á la luz del día y las de los viejos de una manera recatada y vergonzante.

Así los de nuestro cuadro se han refugiado en el lugar más oscuro y retirado del meson, en donde unas cuantas libaciones han dado al traste con la respetabilidad que los años imprimen. Niños y ancianos son iguales ante los vapores del alcohol que ascienden del estómago al cerebro. No de otra suerte se explica la actitud de ese improvisado trovador, á quien el cazo sirve de laúd, y que sin duda recuerda á sus compañeros alguna escena de los tiempos pasados, aquellos tiempos que siempre nos parecen mejores por la sencilla razon de que los mejores éramos nosotros.

Esta composicion está llena de vida y de verdad: el personaje del cazo es un modelo en este género; Teniers pudiera hacerlo suyo sin reparo y aún poner su firma al pié del cuadro. El huésped y el posadero no desdican ciertamente, y el grupo produce agradable efecto, contribuyendo al conjunto los detalles todos, dibujados con singular acierto.

GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart

La temprana muerte del gran pintor de Viena ha hecho doblemente interesantes sus obras. Nuestra ILUSTRACION ha publicado varias de ellas, y á su vista hay que reconocer con cuánta justicia le habian favorecido la gloria y la fortuna. El grupo de amorcillos que hoy reproducimos, es otra muestra del talento de Makart. Como asunto tiene escasa importancia: no hay que buscar en este cuadro la poderosa concepcion de la *entrada de Carlos V en Amberes* ó la *cacería en el Nilo*; pero esto mismo demuestra la flexibilidad de talento de nuestro artista, que así se prestaba á pintar la epopeya como el idilio. Virgilio no es ménos gran poeta cuando escribe la *Eneida* que cuando escribe las *Eglogas*, y el mayor mérito de un poeta y de un pintor quizás no consista tanto en hacer *mucho* con *mucho*, como en hacer *mucho* con *poco*.

Así en el grupo de amorcillos que hoy publicamos es de ver la acertada combinacion de las figuras, su correcto dibujo, sus naturales actitudes, produciendo este cuadro el efecto de un ramillete de hermosas flores que, con ser hermosas no causarían la debida impresion, si un hábil jardinero no las agrupase de suerte que resaltaran sin esfuerzo su forma y sus colores.

¡POBRE CIEGO! cuadro por Leopoldo C. Muller

Tiene este cuadro condiciones de arte verdaderamente excepcionales. Prescindiendo del lugar de la escena, que el autor ha demostrado conocer perfectamente; prescindiendo, asimismo, de la luz que esa escena baña, luz que, á haber dos soles, diríamos desde luego que no es la de nuestro pálido sol de Europa; prescindiendo del tipo de los personajes, estudio hecho á conciencia sobre un natural hábilmente escogido; prescindiendo, por último, de los ropajes, ejecutados con holgura recomendable; fijémonos en la figura principal, que es por cierto digna de un momento de contemplacion especialísima. Ese rostro enjuto, falto del primero de los sentidos, es el rostro de un verdadero ciego, sin más expresion que la de la pena; rostro triste, sombrío, como es triste el día sin sol, el día sin luz. La mano que empuña el baston lo hace con verdadera fuerza, como quiera que el ciego parece apoyarse en su palo aún mejor que en sus piernas; la mano derecha tiente la pared con esa inseguridad, con esa especie de miedo del que ignora si donde piensa encontrar su sosten, encontrará el vacío. La inclinacion del cuerpo, la vacilacion en todos los movimientos, un conjunto perfectamente armónico, completan esta figura, que pudiera hacer por sí sola la reputacion de un artista.

MERCURIO, estatua por Sellier

Para el sepulcro de uno de los Médicis esculpió Miguel Angel una estatua de la *Noche*, de la cual dice un poeta, ponderando su naturalidad, que, de oír que la llaman, habria de ponerse en pié.

Casi otro tanto puede decirse de la estatua de Sellier. Mercurio acomoda la última ala á su calcañar, y es tan natural su actitud de ir á tender el vuelo que, mientras le estamos contemplando, se nos ocurre que puede lanzarse al espacio, á poco que Júpiter toque el timbre de su despacho.

LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS en la Conferencia de Berlin

En los momentos actuales, en que los políticos, los geógrafos y las personas ilustradas de todos los países tienen la vista fija en el congreso reunido en Berlin con objeto de dilucidar y fijar de una vez para siempre los derechos que cada nacion europea pueda alegar á la posesion de las distintas regiones africanas y más en especial á la de la costa occidental de este continente conocida con el nombre del Congo, creemos de toda oportunidad publicar los retratos de los representantes de cada una de dichas naciones congregados en Berlin, puesto que de sus tareas ha de resultar confirmada la soberanía que estas alegan respectivamente á los citados territorios y por consiguiente establecidas definitivamente las bases de su predominio y mision en aquellos casi desconocidos países.

Juzgamos inútil extendernos en detalles biográficos acerca de cada uno de sus representantes, por cuanto además de ser estos sobradamente conocidos, nuestro propósito queda cumplido dando á conocer sus respectivas fisonomías por medio del grabado.

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES (1)

I

Trasladémonos con el pensamiento á unos tiempos ya bien distantes de nosotros.

Roma es todavía la señora del mundo.

Bajo el delicioso cielo de Italia, sentada en las márgenes del rápido y ondulado Tíber, se nos aparece, imponente por su grandeza y majestuosidad, la imperial dominadora cuyo poder se extiende desde los países que bañan el Rhin y el Danubio, hasta los desiertos del Africa, desde las llanuras del Eufrates hasta el pié del Atlántico.

¡Extraordinaria ciudad la ciudad por excelencia, mansion del sumo imperante, centro de todas las artes y de todas las ilustraciones, de todas las elegancias y de todas las riquezas, de todos los dioses y de todos los vicios!

Para los rudos é indomables habitantes de los espesos bosques de España, de las Galias ó de la Germania, que contemplan ya con asombro la grandeza de las poblaciones marítimas ó interiores, aliadas de los romanos, embellecidas con elegantes templos, colosales anfiteatros, monumentales palacios, gigantescos acueductos, arcos, estatuas, todo á imitacion de la capital del Imperio, ¿qué no ha de ser esta, mayormente despues de las descripciones con que más de una vez ha de haberseles entretenido?

Y ciertamente, Roma asombra y seduce á un mismo tiempo.

Al poner el pié sobre el espacioso puente de una de esas enormes naves romanas, que parecen despreciar el furor de las olas, apartándolas desdeñosamente con sus vigorosas bandas de remos, ó al colocarse sobre una de esas vías anchas, rectas, elevadas y sólidas que, de donde quiera, dirigen sin desvío á la soberbia ciudad, siéntese desde luego el inculto súbdito, bajo la presion poderosa que todo lo avasalla, fascinado, supeditado, vencido.

Roma se aparece á todos, ya de cerca, ya en lontananza, siempre fuerte, siempre rápida y terrible en el herir.

Bien es verdad que dominando sobre ciento veinte millones de almas, no cuenta más que con un ejército de setecientos mil hombres, repartidos en veinticinco ó treinta legiones y cinco flotas; pero el eco de sus victorias vibra todavía, su nombre combate por sus soldados y, en caso necesario, al tremolar en las alturas del Capitolio el rojo pendon que convoca á los infantes y el azul que llama á los caballeros, todo romano debe acudir á las armas en defensa del amenazado Imperio.

Vedla; allá se sienta sobre el suelo riente del Lacio, suelo accidentado, modelado por las fuerzas ígneas que le han impreso un sello particular, cubriendo la campiña romana de esos productos volcánicos, pulverulentos ó sólidamente petrificados, de esas masas gigantes é irregulares de lava, merced á cuya ligereza han podido sustentarse sin gran pesadumbre las bóvedas inmensas de las termas de Caracalla y las más atrevidas y gigantescas construcciones que cubren el suelo romano.

Hacia la derecha del pintoresco valle del Tíber, desde la cumbre empinada del Mario, coronado de grandes cumbres que, cual sombría y dilatada ceja, se destacan en el azulado horizonte por encima de los montes Albanos, descubriréis las nevadas cimas de los Apeninos, hacia el nordeste; vereis el Tíber desprenderse de la ciudad en luminosa y prolongada cinta para ir á echarse en brazos del Mediterráneo, que centellea á lo lejos en direccion del Mediodía, mientras otras corrientes se abren paso por entre los desfiladeros de las montañas, cayendo en sonoras cascadas, ó deslízense mansamente por entre flores y verdura, fecundizando por todas partes el suelo engendradora á la vez del hierro y del plomo, al que está todavía brindando el descubierta oriente con nuevas y valiosas conquistas.

Sobre las siete famosas colinas se levanta la soberbia Roma, conjunto de grandiosas construcciones y miserables tugurios. Por encima de esa desigual masa de piedra, descuellan aquí y allí desmesurados arcos de triunfo, atrevidas columnas, estatuas gigantescas, resplandecientes cúpulas; el Coliseo, lanzando su extraordinaria mole á una altura de más de ciento ochenta piés; el Foro con la inmensa columnata de sus pórticos sombreados de frondosísimos plátanos; el imponente Capitolio donde brillan á

los rayos del sol las doradas tejas de bronce que cubren el más rico y suntuoso de los templos; é infinidad de otras eminencias, ceñido el todo por una ancha muralla debajo de cuyos arcos sombríos se albergan la miseria y la corrupcion más abyecta, y por una multitud de arrabales extensos, amenas quintas, frondosos vergeles y elegantísimos templos que, como entre mármoles y verdor, lo tienen doblemente aprisionado.

Dentro de ese recinto casi circular, que podrá recorrerse en poco más de la tercera parte del día ó en la mitad, incluyendo los arrabales, se cobijan entre la estrechez suma y una holgura desmesurada, como uno y medio millon de habitantes, en las cuarenta y ocho mil quinientas casas que comprende, las dos mil grandes ó principales, y las restantes formando manzanas ó islas, distribuidas en catorce regiones y salpicadas de plazas, pomerios, campos y jardines.

Rápido y cenagoso atraviesa buena parte de ese espacio el Tíber, tomando una anchura de más de trescientos cincuenta piés en las dos curvas que describe al ocultarse bajo la sombra de los monumentales edificios y frondosas alamedas y al reaparecer en las llanuras del hipódromo ó *Equiria* y el Campo de Marte. Siempre el abundante caudal de sus aguas, atravesado por sólidos y numerosos puentes, se ve cubierto de embarcaciones de utilidad ó de placer, que descienden ligeras ó remontan la corriente á remo y vela, ó remolcadas desde la orilla por sus mismos tripulantes, que no se olvidan de saludar respetuosamente á su paso la sagrada isla Tiberina, donde se levanta el templo dedicado á Esculapio.

Las calles por lo regular anchas, rectas y empedradas, están llenas en sus encrucijadas de fuentes, estatuas y bustos de emperadores y emperatrices, caudillos y gladiadores, y terminadas generalmente por obeliscos, cuando no forman parte de las grandes vías Sacra, Flaminia, Latina, Capena, Salaria, Aureliana, Tusculana, Pranestina y otras, hasta el número de quince, la primera de las cuales conduce á los triunfadores al templo de Júpiter en el Capitolio, por entre doble hilera de enormes elefantes que han de ser más tarde la admiracion de los bárbaros del Norte; y las demás á la Germania, saliendo por la puerta Flaminia ó Flumentana hacia Rimini; á Nápoles y Brindis por la puerta Latina, á Capua por la puerta Capena, al país de los Sabinos por la Salaria á través de la Toscana, y en fin, á todas partes, hasta el corazón de los más apartados países sujetos al imperio de Roma, siguiendo siempre la línea más recta y por entre sepulcros y mausoleos, columnas y piedras miliarias.

Y en cuanto despunta el día por la cadena de azulados montes que domina el templo de Júpiter Lacial, ¿con qué majestad no se ofrecen á nuestra vista, dominando sobre un mar de techos cuadrados ó piramidales, los macizos y atrevidos remates de tantos monumentos como pueblan el espacio de arrebolados fantasmas, impasibles guerreros, crinosos y encabritados caballos, águilas voladoras y grandes masas informes, como acusando el dorso de algun titánico atleta, entre agudos y bruñidos hierros de lanza y bien cortados escudos, que resplandecen á los primeros fulgores de la mañana con el brillo aterrador del severo casco de los legionarios!

Aquí una puerta adornada con relucientes clavos de metal y tras de la que aúlla el perro de presa encadenado al esclavo portero, muéstrase sombreada por una ostentosa cornisa que sustenta un globo alado, debajo del cual asoma la cabeza una serpiente: no es ésta, sin embargo, una casa particular; las cariátides, esfinges y obeliscos pintarrageados que á entrambos lados se ostentan, indican claramente que nos hallamos delante de un templo egipcio. Cuadrados ó redondos, con doble ó sencillo pórtico ó columnata, murados ó sin murar, se nos presentan aquí y allí diversidad de templos griegos ó romanos, precedidos de un altar, al pié de su gradería. Por todas partes, junto á los suntuosos palacios de los patricios ó de las vastísimas insulas donde se alberga un verdadero enjambre de seres humanos, sin otro medio de vivir que la *esportula*, se ofrecen á la pública espectacion ora anchas columnas cargadas de geroglíficos y coronadas de capiteles en campana ó ramo de loto, sencillas y grandiosas como las del orden dórico; ó las jónicas de una belleza varonil y severa; ya las elegantes y ricas de los corintios en que se muestran todos los encantos del arte y del gusto, ya las toscanas, iguales á un tercio de la altura del edificio, ó los compuestos por los romanos, de imitacion corintia, con adición de las bóvedas jónicas en el capitel; todas ellas adornan fosos y plazas, mercados, templos, pórticos y moradas particulares; ó constituyendo por sí solas otros tantos monumentos como las columnas de Trajano y Antonino entre el Capitolio y el monte Quirinal, revestidas de bajo relieves y á cuya extraordinaria altura se sube por una escalera interior que en su enorme fuste se oculta, así como la grandiosa mole sepulcro de Adriano, recinto venerable que atesora las cenizas de los Antoninos, torreón circular que descuella por encima de las murallas sobre su cuadrada base, cubierto de mármol blanquísimo de Paros y exornado con estatuas de dioses, héroes y faunos, primores propios del cineel de Praxiteles y Sísipo; faunos, héroes y dioses que un día desencajará Belisario de sus pedestales en defensa de esta misma ciudad, para lanzarlos contra el godo sitiador al impulso de la honda de sus poderosos anagros.

Todas las épocas del arte se reconocen aquí, desde la primera amanerada y angulosa imitacion etrusca, hasta el bello estilo griego y su degeneracion afeminada á fuer de expresiva. La energía en la virilidad se nos manifiesta en la cuadratura de las formas estatuarias y en lo suelto y

(1) Fragmento de una obra inédita.

firme del toque. A medida que avanza la civilizacion, el trasunto del hombre tallado por su propia mano se perfecciona y acicala, sus facciones tienen más vida y sus pupilas parecen animarse con el hueco profundo con que ha querido infundirles aliento el artista. Pero la grandiosidad de la bella escuela va luego gradualmente menguando; las frentes se arrugan, los cabellos y barbas caen lacios y desgarrados, las pupilas se hundén y la dureza, la indecision y la sequedad ó aspereza acaban por formar sólo el conjunto de esas inmoles fisonomías.

Sin embargo ¡cuánta suntuosidad y riqueza doquiera! El palacio de los Césares, la casa dorada de Neron, las diferentes termas ó baños que llevan el nombre de los emperadores á quienes su construccion es debida y en la mayor parte de las cuales pueden bañarse más de trescientas personas á la vez; el Foro romano que ostenta el primer cuadrante solar, de invencion siciliana; el Foro de César, el de Augusto, el de Domiciano, el de Trajano, el más bello de todos; los nueve arcos de triunfo entre los que se distingue por su magnificencia el del primer emperador cristiano, hácia el Coliseo, la estatua de bronce dorado del emperador español Trajano, la de Horacio Cocles, el heróico defensor del puente del Tíber, en la plaza pública, donde puede contemplarla á la vez la tercera parte de los habitantes de Roma; la ecuestre de la jóven Clelia, la valerosa nadadora, al extremo de la calle Sagrada; la de Neron ó Sidereo, en la cuarta region, alta por ciento veinte piés; el mausoleo de Augusto, coronado por la estatua de este emperador, precioso edificio circular de tres altos y otros tantos órdenes de columnas de mármol blanco, de unos trescientos piés de elevacion, rodeado de bosques y paseos; la columna dorada miliaria de la que parten quince caminos para las diferentes vías y desde la que se empezaron á contar las distancias que luego partieron de las puertas de Roma y, por fin, de las últimas casas; los circos, anfiteatros, teatros, naumaquias; el imponente campo de Marte, cuyas estatuas vistas de lejos semejan una legion en batalla y cuyos numerosos pórticos, templos y otras construccion no le impiden, sin embargo, continuar mereciendo el nombre de *campo*; los catorce acueductos de solidísimos arcos que traen de hasta doce leguas de distancia las aguas de las fuentes Claudia, Marcia, Apia, Virgo y otras, y por último, porque seria nunca acabar, los cuarenta y tantos pórticos, largas galerías cubiertas ó descubiertas, sostenidas por una ó muchas hileras de columnas de mármol, hermoeadas con toda especie de adornos y cuadros, sitios de paseo en donde están las mejores tiendas provistas de los géneros más exquisitos y á donde se acude al cebo de la ostentacion y el galanteo, á la vez que al espectáculo de las lizas que los atletas en los espacios descubiertos ofrecen. Todo pasma y absorbe al contemplar la capital del mundo romano, que tiene por jardines el pueblo de Italia, por graneros la Sicilia, el Africa y el Egipto, y por tesoro la sangre, la industria y las minas de todos los países conquistados.

II

Si nos confundimos con esa multitud inmensa que se rebulle desde la mañana á la noche por las calles, plazas y paseos de la gran Ciudad, con el trasiego de una actividad improductiva, veremos el senador, el caballero, el sacerdote, el soldado, el cliente, el hombre de la plebe, el parásito, el liberto y el esclavo codeándose con matronas y cortesanas, con gente de todos los países y colores, enviados unos de los pueblos aliados ó súbditos que vienen, en señal de sumision, á deponer coronas á los piés de Júpiter Capitolino y otros en representacion de las quejas contra las demasías de los procónsules; los Marsos á ejercer su afamado oficio de encantadores y adivinos, los habitantes de las pervertidas ciudades de Rodas, de Síbaris, de Mileto, de Corinto, de Tarento, de Capua á ayudar á corromper el apestado ambiente moral que se respira en la metrópoli del Imperio.

El delicado oído del romano se lastima y ofende no sólo del latin bárbaro que habla el germano, el galo ó el español que á su paso encuentra, sino aún del siciliano y del prenestino que para decir *en seguida* dicen *tam modo* y pronuncian *conia* por *ciconia* (cigüeña). Los habitantes de Umbría, notables por la anchura de sus piés, los fenicios que se hacen llamar cananeos, el afeminado cartaginés que así habla el tirio como el lidio, y viste túnica rozagante y desceñida, en forma de alas, como quien sale del baño, y lleva anillos en las orejas á usanza mujeril, balanceándose indolentemente al andar, como si estuviera paseándose por los bosquecillos de Megara en los jardines públicos de su vencida Cartago; todos son mirados con desdeñoso orgullo por el ciudadano de Roma.

No hay sitio, por poco espacioso que sea, que no se vea frecuentado preferentemente por determinada clase de personas. Así los abogados suelen reunirse en Puteal de Libon y al pié de la estatua de Marsyas en el Foro; detrás del templo de Cástor las gentes de mal vivir, y en la calle de Toscana, donde están las tiendas de sederías, los que se venden á sí propios. Los testigos falsos abundan, también, allí donde se juzgan los pleitos. Los cambistas, banqueros y agentes de negocios cuchichean en torno de los arcos ó *janus* de la parte septentrional del Foro, debajo de los que se guarecen de la lluvia, mientras los fanfarrones matasietes gesticulan junto al santuario inmediato de Vénus Cloacina y los pleiteantes, que asedian la basílica Porcia, huyen de la tramontana que les lleva el nauseabundo olor que exhala la pescadería inmediata del populoso barrio de Suburra. En la extremidad oriental del Foro, esto es, en el bajo Foro, se agita pausadamente la

acostumbrada reunion de los *boni homines*, gente de bien y rica, que acaso por un sentimiento de tradicional respeto, prefiere ese sitio que domina el Velia, antigua morada de los sabinos, pueblo honrado á quien es deudora Roma de su ya decaída aristocracia. Al borde de ese canal que, atravesando el Foro en su mayor longitud, afluye á la famosa cloaca Máxima que de antiguo descarga en el Tíber las inmundicias de la ciudad imperial, es donde acuden particularmente los ociosos, los badulaques llenos de pretensiones, confiados, locuaces, malquerientes, politiquistas, pobres diablos al fin, á quienes el vulgo llama *canalicola* del lugar de sus habituales sesiones.

Los maridos arruinados van á comunicarse sus cuitas hácia las inmediaciones de la casa Leucadia-Oppia; los suicidas se precipitan al rio desde lo alto del puente Fabricio, cosa que sucede con asombrosa frecuencia; y ni aún quedan en paz los cementerios del monte Esquilino, cerca de los jardines de la antigua casa de Mecenas, frecuentados por magas y lobos, y lugar de nocturnos y terribles dramas.

Junto al lago Velabro, otro receptáculo de inmundicia, al pié del monte Aventino, apellidado *Esppureo*, porque en sus orillas acostumbra á exponerse el fruto de la disolucion, es donde va á reclutarse á los espías, delatores y calumniadores. En la parte superior y en el malecon del Tíber hay los principales mercados, los tahoneros, carniceros, y también los adivinos y parásitos, sitios de gran baranda en determinadas horas del dia.

El movimiento y la confusion son, no obstante, generales á todos momentos, especialmente en los puntos más céntricos, en los cuales las literas, los carruajes de damas y patricios, las numerosas comitivas fúnebres, el trasporte incesante de materiales de construccion (pues es mucho lo que se edifica en Roma) obstruyen de continuo el paso. Al pié de la Tribuna, en el Foro, donde los poetas recitan sus versos al aire libre, se refieren las noticias de sensacion que luego se divulgan por el resto de la ciudad y comentan y utilizan los charlatanes del Circo para venderlas en forma de predicciones. Mientras una juventud brillante se ejercita sobre el césped del Campo de Marte, rivalizando en fuerzas ecuestres y gimnásticas, los gladiadores procuran mantener el vigor de su musculatura en el *lucus Emilius*, junto á los talleres de los escultores, y los mercaderes de esclavos tratan, en conversacion animada, de sus viles negocios en la plaza del Cambio, en torno de mesas de banca donde se inscriben las sumas dadas á interés, que toma el deudor sin entretenerse en contarlas.

Pasemos rápidamente por el verdadero pandemonium que nos ofrecen, en la célebre calle de Suburra, en la segunda region, los mercados de frutas y legumbres. Allí están también los más escandalosos burdeles y asimismo la casa del verdugo, cuyos ensangrentados azotes cuelgan suspendidos sobre la cabeza de los transeuntes. Esos vendedores ambulantes, que nos aturden con sus voces gangosas, nos brindan con agua caliente, lo mismo que los establecidos en puestos fijos, no lejos de los sumideros públicos, en que mediante una pequeña retribucion ó *foriscapio*, pueden satisfacerse las más inexcusables urgencias. Las risotadas que suenan en el interior de esa angosta y oscura tienda, son de los festivos tertulianos del boticario y médico á la vez, que en ella expende, lo mismo una medicina, que el más activo veneno para el que se halla cansado de la existencia.

La aristocracia habita en los alrededores del Capitolio, en las elegantes Carinas, en el monte Esquilino, en fin, en el centro de Roma. Los labradores, la última y más humilde clase de ciudadanos, hay que buscarla en las orillas del lago Velino: la tierra de Italia, posesion de los quirites romanos, no está cultivada sino por esclavos.

El lujo, la afeminacion, el galanteo más indecoroso, hollando perlas y arrastrando oro y púrpura, barre el polvo del pórtico de Pompeyo, de columnas sombrías, circundado de altos é igualados plátanos, entre los que parece pequeña la estatua de Virgilio; cuando no prefieren el de Agripa ó el Panteon, sombreado por frondosos laureles, al de Europa, en el Campo de Marte, donde está representada en preciosos bajo relieves la historia de la hija de Agenor y el boj florece en las inmediaciones, el de los Argonautas en el cual se vé también de relieve la empresa de los atrevidos marinos, ó las galerías de cuadros antiguos y modernos, á la sombra de los bosques del templo de Diana en las afueras de la ciudad, junto á las aguas de la fuente Apia, donde están también los templos de Vesta, de Palas, de la Paz y de la Concordia, ó la gran vía Apia, apellidada *Camino del Eliseo*, embaldosada con la cenicienta y dura piedra tallada en los cráteres de los extinguidos volcanes. Todo lo invade el gentío paseador, indolente, acicalado y antojadizo.

En tanto que el liberto pobre va buscando quien alquile sus brazos, el sicofanta se ofrece para alguna intriga, el parásito, oliendo siempre donde guisan, el *circulator* ó escamoteador entretiene con sus habilidades á la plebe que se mofa del desgraciado naufrago que, suspendido al cuello el cuadro ó pintura de su infortunio, implora á gritos la caridad pública; del miserable hambriento que viene de recoger los restos de los manjares de entre las cenizas de las piras fúnebres; del adamado masiliense, del rodio fanfarron, del lidio que se arranca la barba en vez de afeitarla, del portero escita, del egipcio que se come tres espigones de ajos todas las mañanas en ayunas para librarse de las enfermedades de la piel, y de esos griegos, de largo manto y cabeza cubierta, henchidos de libros y paquetes de notas, que andan parándose con frecuencia y filosofando al compás estrepitoso de su calzado especial, que con todo el mundo tropiezan y á todos acodean, de-

jando caer una sentencia á cada paso y ostentando la desnudez que medio oculta su ropaje; de esos cínicos que no sólo van sin túnica, sino que hasta comen sentados, como los esclavos, pero que no se privan de beber caliente y aún de ponerse alegres, cuando pueden atrapar algun dinerillo.

La gran masa del pueblo, no ménos epicúrea que los opulentos que se hacen llamar *reyes* por sus aduladores clientes, confunde, en tanto torbellino de gentes diversas, sus numerosos defectos con la beodez del galo, la astucia y liviandad del griego, el empedernimiento del judío y el egipcio, el rendimiento del asiático y el desenfreno mujeril del siríaco; todo, en tan abigarrada muchedumbre, revela esa fermentacion espantosa de pasiones y extravíos, imposibles de comprender en otra sociedad que en la apellidada romana y que no tardará en determinar el derumbamiento del más grande de los imperios.

A. BLANCH.



EL BUEN EJEMPLO

DOLORA ESCRITA POR DON RAMON DE CAMPOAMOR

Dejó un proyectil perdido,
de una batalla al final,
junto á un asistente herido,
medio muerto á un general.

Mientras grita maldiciente
el general:—«¡Voto á bríos!...»
resignado el asistente
murmuraba:—«¡Creo en Dios!»

Callan, volviendo á entablar
este diálogo al morir:

—¿Tú qué haces, Blas?—¿Yo? Rezar.

—¿Y vos, señor?—¡Maldecir!

—¿Quién te enseñó á orar?—Mi madre.

—La mujer toda es piedad.

—¿V á vos á jurar?—Mi padre.

—Claro, siendo hombre...—¡Es verdad!

—Rogad, señor, como yo.

—Eso es tarde para mí.

Yo no creo... porque no.

Tú, ¿por qué crees?—Porque sí.

—Ya hay buitres en derredor

que nos quieren devorar.

—¡Son los ángeles, señor,

que nos vienen á salvar!—

Y ambos decían verdad,

pues á menudo se ve

que halla buitres la impiedad

donde halla ángeles la fe.

—¡Adios, señor!—¿Dónde vas?

—Voy allí...—¿Dónde es allí?

—A la gloria...—¿Y dejas, Blas,

á tu general aquí?

No me dejes, mal amigo.

—Pues venga esa mano.—Ten;

y aunque dudé, iré contigo

creyendo en tu Dios también.—

Y así, cuando ya tenían

una misma fe los dos,

abrazados repetían

el «¡creo en Dios!» «¡creo en Dios!»

Y como era ya un creyente,

pasó, lo que es natural,

que, abrazado á su asistente,

subió al cielo el general.



GRUPO DE AMORCILLOS, por Hans Makart



¡POBRE CIEGO! cuadro por Leopoldo Carlos Muller

TIPOS CONTEMPORÁNEOS

EL AMIGO PEPE, UN BUEN MUCHACHO

I

Es un tipo digno... ¡qué digno!... dignísimo de estudio, don José Fernández Prieto, y mucho más en el actual momento histórico, como diría un orador incipiente. ¡Allí va! ¡Miradle! No es alto ni bajo, delgado ni grueso; pasaría seguramente desapercibido si él no pusiera tanto cuidado en llamar la atención y si nosotros no supiéramos que era el mismísimo D. José, ó mejor dicho, Pepe. ¡Qué soltura la suya! ¡Qué envidiable desembarazo de movimientos! El enorme ruso, de correctísimo corte, adornado de pieles, que le cubre del cogote al tobillo y que agobiaria á otro cualquiera, parece en su persona ligerísimo abrigo veraniego. ¡Mirad! Por la acera de enfrente viene D. Norberto Regaton, personaje de campanillas en la ciudad, acompañando á doña Casilda de Parreño, señora de su contortulio D. Vicente. Apenas se han ofrecido á la vista de D. José en los últimos límites del horizonte de la calle (un horizonte *pour rire*) ya los ha percatado Pepito poniéndose erguido, estirándose el ruso y taconeando con alguna más fuerza. La distancia entre Pepe que va y doña Casilda y D. Norberto que vienen, se acorta por momentos hasta llegar el instante de cruzarse.

—¡A los piés de V., doña Casilda!—dice con clara y vibrante voz Pepito sin interrumpir su marcha por la acera de enfrente, pero haciendo un pequeño cambio de paso al mismo tiempo que inclinaba su flexible busto en graciosa reverencia y se quitaba el sombrero descubriendo su rizada cabeza con teatral movimiento. —¡Servidor de V., D. Norberto!

—¿Quién es ese joven?—preguntó doña Casilda agradablemente sorprendida por el inesperado saludo de D. José y lisonjeada en su amor propio al verse conocida.

—¡Oh!—respondió D. Norberto.—¡Un buen muchacho! ¡El amigo Pepe! Como hace mucho tiempo que V. no sale no es extraño que no le conozca.

—¡Es simpático! ¡viste muy bien! Se conoce á la legua que tiene mucha sociedad.

—¡Oh! ¡mucha!

—Debe ser de muy buena familia.

—Es de presumir.

—¡Cómo! ¿No sabe V. de qué familia es?

—Es forastero.

—¡Ah ¡vamos!...

—Sí, es forastero; hará unos dos meses que está aquí; á mí me lo presentó... no sé, no me acuerdo bien... puede que fuese el vizconde de Aldeatejada... en fin, no sé; pero es un chico muy amable....

—¡Muy fino, D. Norberto, muy elegante! Eso no hay más que abrir los ojos.

—Me parece, doña Casilda, que si Pepe se fijase en Matildita... ¿eh? ¿me equivoco?... creo que por V. no había de quedar.

—Eso es mucho decir, D. Norberto—replicó doña Casilda poniéndose grave.—El porvenir de una hija es cosa siempre de mucha trascendencia para una madre, y que no se resuelve, así, con tanta facilidad. Ese joven, al primer pronto, me ha gustado, ha simpatizado conmigo; es muy atento; pero de esto á admitirlo desde luégo para yerno hay larga distancia; no digo yo que con el tiempo...

—¡Vamos! ¿No lo decía yo?

II

Pepe en tanto seguía su camino con la misma elegante desenvoltura, el mismo atildamiento de modales, la misma estudiada naturalidad de siempre. Apenas encontraba una persona de distinción á la que no saludase por su nombre de pila, ya con ceremoniosa cortesía, ya campechanamente, según la condición social del saludado. Con casi todos se detenía breves instantes, ya para deslizarse en el oído de éste alguna frasecilla confidencial, ya para preguntar á aquel por la marcha de su noviazgo, ya para dar al otro alguna grata noticia. Tuteaba á muchos, bromeaba con los más, se daba aire de protector con no pocos y de todos parecía íntimo amigo y confidente. Al pasar por la histórica Plaza de la Feria se encontró con Antonio Carbajal que paseaba con Luis Escalada y también para ellos tuvo una sonrisa y una palmadita en el hombro.

—¿Se pasea con más fortuna por la calle del Moro?—dijo á Escalada.—¿Será pronto la marcha á Madrid?—preguntó á Carbajal.—Mucho sentiremos que se acerque sus buenos amigos; pero quien estará inconsolable será la linda Joaquinita; de todos modos ya sabe V. que me tiene á sus órdenes.

Escalada le contestó amistosamente que no se ganó Zamora en una hora; Carbajal le respondió con cierto desabrimiento dándole las gracias. Pepe siguió su triunfal camino saludando, sonriendo, taconeando, jugueteando con los colgantes lentes, acicalándose la corbata y los guantes, atusándose la barba, echando piropos á las jóvenes, dando palmaditas á los amigos y deshaciéndose en cortesías con las señoras.

—No sé—dijo Escalada á Carbajal—por qué tratas á Pepe con esa frialdad. Cualquiera diría que te había jugado alguna mala partida.

—No, por cierto; pero es un hombre que me ataca los nervios.

—¡Friolera! ¿y por qué, hombre, por qué? Un muchacho tan simpático, tan amable con todo el mundo, de tan buena educación, tan bien relacionado...

—¡También tú! Pues señor, está visto que para hacer

fortuna, vamos á tener que sentar plaza de humildes alumnos en la escuela de Pepe. ¿Sabes tú quién es Pepe? ¿conoces á su familia?

—No, ni se me ha ocurrido nunca pensar en averiguarlo.

—Pues ahí tienes explicada la diferencia de nuestros criterios en lo que á Pepe se refiere.

—Pero sepamos, ¿conoces tú á la familia de Pepe? ¿hay algun misterio en su vida?

—No lo digo yo precisamente por eso; yo sé de la familia de Pepe lo que sabe todo el mundo: nada; pero al resto del mundo no le preocupa el saber de dónde ha venido Pepe para otorgarle su amistad, y á mí sí, porque me gusta saber con quién trato, y si es ó no digno de mi afecto; jamás me he fiado de apariencias, y en Pepe no hay otra cosa: bambolla, oropel, fatuidad; no quiero nada con eso. A tí te extraña mi manera de tratar á Pepe; ¿cuánto más no me extrañará á mí la manera con que le tratis los demás? ¿Qué títulos presenta á vuestra amistad? ¿El ser parlanchin, ó decidor, si te parece mejor esa palabra? ¿El tener la viveza del ratón? ¿El vestir con elegancia? No veo en todo eso cualidad alguna sólida, digna de conquistar vuestra afección. Procedéis con demasiada ligereza al concederle vuestra confianza. ¿No quieres que encuentre desagradable, por ejemplo, el verme igualado en tu afecto, yo, amigo tuyo de la infancia y tu compañero inseparable de estudios y excursiones, con ese advenedizo mequetrefe, de quien no conoces más que el nombre?

—¡Qué disparate!

—No te lo ocultes á tí mismo, Luis; ese botarate de Pepito ha ocupado del primer salto en tu corazón una parte igual á la que en él tengo. ¿Te ofende que me exprese así? Pues bien, abandonemos ese ejemplo. ¿Dejarás de concederme que el tal corre-ve-y-dile, con su charla, con su ductilidad, con su desenfado y más que nada, con su sistema de conducta, porque hay que confesar que es un sistema el que sigue, pesa ya hoy en la balanza de la opinión tanto como tú, ó como yo, ó como cualquiera de las personas más conocidas ó mejor reputadas de la ciudad? ¿Y no es esto irritante?

—Si no te conociera, creería que tienes celos de Pepe; afortunadamente estoy bien seguro de que no te mueve, al expresarte así, ninguna pasión mezquina.

—¡Oh! ¡nada de eso! Lo que me irrita es que Pepe nos convierta á todos en juguetes de su fatuidad; y que nosotros seamos tan simplones que le sirvamos de pedestal para su encumbramiento. ¡Cómo se reirá de nosotros! ¡Cómo crecerá su presunción al considerarse tan por encima de todos, que á todos maneje á su sabor y á todos obligue á conspirar en su provecho! Vamos, te digo que esto es insufrible y que me ataca los nervios.

—¡Cálmate, Antonio, cálmate! La cosa no es para tanto, y no vale la pena de incomodarse.

—¡Que no vale la pena!... Ahí está el error, que os hace víctimas inconscientes de quien vale seguramente á estas cosas y la tienen muy grande. Mira; anoche estuve en la tertulia de doña Lucía. ¿Sabes de lo que allí se habló principalmente? ¡De Pepe! Parecía que se trataba de alguna notabilidad, de algun genio, de alguna antigua y queridísima persona; todos los que allí estaban le conocían, todos se llamaban sus amigos, haciendo alarde de su amistad como se puede hacer de la de algun personaje distinguido que con ella nos honra; las señoras y señoritas... no digamos nada; todas se deshacían en elogios de Pepe, todas se jactaban de poseer algunos de sus secretillos; todas se hacían lenguas de su elegancia y buen porte, todas le consideraban como un gran partido, todas dejaban descubrir su deseo de conquistarle. ¿No es esto tonto y ridículo hasta la pared de enfrente? ¿No da pobrísima idea de la sociedad en que sucede? ¿Quién es Pepe, señor?... ¿Quién es ese personaje tan cacareado? ¡Un empleadillo de mala muerte, sin estudios ni carrera, de familia desconocida, sin más méritos que su pasadera figura y su flexibilidad de carácter, con mucha gramática parda y no poca palabrería!

—Pero seamos justos, Antonio. Ya que llevas las cosas á ese terreno, ¿no te será forzoso reconocer que por lo mismo que Pepe, bien considerado, es una persona insignificante, tiene que reunir cualidades sobresalientes para figurar en la sociedad y que es altamente meritorio, y hasta digno de asombro, si bien se reflexiona, el que haya logrado en tan poco tiempo como entre nosotros lleva, captarse tan unánimes simpatías y admiración? ¿Qué gracia tiene que tú, hijo del senador D. Fulgencio, emparentado con lo más escogido de la ciudad, educado con brillantez, y sumamente rico, seas conocido de todos, y todos se honren en conocerte y tratarte? ¿Qué mérito encuentras en que yo, hijo del primer contribuyente de la provincia y educado como tú, aunque con menos aprovechamiento, sea también conocido de todo el mundo y me vea siempre rodeado de queridísimos amigos? Despójate y despójame de ese conjunto de favorables circunstancias, que por tan directo modo han venido á determinar nuestra posición actual; ponte por un momento en el caso de Pepe, y dime luégo con sinceridad, si crees que serías ó representarías lo que él es ó representa. Yo de mí sé decirte que, reducido á mis solas fuerzas, sin el prestigio de mi nombre y de mi cuna, con mis propios y personalísimos elementos, no me hallaba con ánimo de ser otra cosa, y no era poco si tanto alcanzaba, que un empleado más ó menos inteligente ó un industrial ó comerciante más ó menos afortunado, y en todo caso uno de tantos individuos como vemos por el mundo, que pasaría enteramente desapercibido sin que nadie me cono-

ciese, ni en parte alguna desempeñase algun papel interesante. ¿Cómo, pues, no he de hallar admirable y estupendo el éxito de Pepe? ¿Cómo dejaré de reconocer sus altos merecimientos cuando le veo, empleadillo de 8,000 reales con descuento, de familia ignorada, sin estudio ni carrera, abrirse paso por sus solas fuerzas en la sociedad y llegar á ocupar en ella un puesto brillante y ambicionado, atrayendo sobre sí la atención de todos? Preciso es confesar que quien tal consigue es un sér fuera de lo ordinario y corriente digno de nuestra estimación.

—¡Error, argucias, sofismas con que te engañas á tí mismo, Luis! No hay tal cosa; bien dice Campoamor que

Todo es según el color
del cristal con que se mira.

Tú ves en el éxito que Pepe obtiene la prueba más palmaria de su gran valer y yo no veo en tal éxito sino la ruin mezquindad de la sociedad en que vivimos. ¿Qué grandes cosas hace Pepe? ¿Qué poema ha compuesto, qué máquinas ha inventado, qué beneficio ha dispensado á la humanidad?

—Poco á poco. ¡Pues qué! ¿No se descubre la grandeza del hombre sino en los poemas que escribe ó en las máquinas que inventa? En todo cabe lo extraordinario, y los caminos de la celebridad son muchos...

—Pero, vamos á cuentas, Luis; dejemos la teoría, no porque en teoría salga perdiendo, sino para abreviar razones, y vamos á un caso práctico. ¿Quién es más estimable á tus ojos, nuestro antiguo condiscípulo Arturo Villa, que vive oscurecido, ó el asenderado Pepe?

—Arturo, sin duda.

—No necesito más. Arturo en efecto vale á tus ojos mucho más que Pepe ¿por qué? porque Arturo es un verdadero sabio, un hombre de corazón, aunque algo raro é intransigente, que vive y vivirá probablemente siempre alejado de la sociedad sin brillar en ella, mientras que Pepe es un entremetido sin más talento que el de saber exhibirse donde pueda ser notado para que todos le señalen con el dedo. Arturo no figura en ninguna parte ni es conocido en ninguna reunión. Pepe figura en todas partes y todos le conocen. ¿Qué importa? El valer de Arturo es positivo y tiene sus raíces en la cultura de su inteligencia, en la rectitud de su carácter, y en la excelencia de sus sentimientos; es un diamante escondido, pero los que pueden apreciar la brillantez de sus reflejos y la limpidez de sus cambiantes le aprecian en lo que merece, y acaso se quedan cortos en la quilatación de sus méritos; el valer de Pepe es postizo y de relumbron, cimentado en el viento de su fatuidad y de su despreocupación, por no llamarla otra cosa; es una piedra falsa que por el primor con que está pulida deslumbra y engaña; pero á poco que se la examine y analice descubre la mezquindad de su esencia. Y no me objetes con Laroche-foucault que hay mérito sin elevación, pero que no hay elevación sin mérito; esto es exactísimo, pues al cabo el estafador que logra desentenderse de las garras de la justicia y redondea sus negocios elevándose, si á mano viene, á ser una potencia financiera, no deja de tener también su mérito; el mérito de Pepe, sin ser de la naturaleza del estafador, pues no es un mérito castigado en el Código, se le asemeja un poco. Tú, por lo visto, como casi todos los que á Pepe conocen, no habeis estudiado el sistema, hábil sin duda, aunque no muy honroso en mi concepto, con que acierta á trabar amistad con todo el mundo; yo, que le miré desde un principio con prevención, le he descubierto el juego.

III

Antonio Carbajal tenía razón; su escrutadora mirada y su talento de observación le habían dado la clave del enigma. Todo el asombroso éxito de Pepe obedecía á un cálculo, era un juego proseguido con verdadera fortuna por aquel *enfant gâté* de las tertulias y casinos de la ciudad; juego en el que, arriesgando un poquito de amor propio y otro poquito de dignidad, podía ganar, y ganaba ya positivamente muchísimo: numerosos amigos, y pocos admiradores, influyentes relaciones, y excelentes partidos de matrimonio, por si le daba la gana de ahorcar su libertad.

Pepe, sin ser un genio ni cosa que lo valiera, no dejaba de ser listo, especialmente para lo que le interesaba; le gustaba figurar, quería hacerse notable y ansiaba ocupar puestos elevados. ¿Cómo arreglárselas para conseguirlo? ¡Si él tuviera estudios! ¡Si supiera escribir, aunque sólo fuese alguna gacetilla!... Pero no había que esperar; veinte veces se había puesto á hilvanar una noticia, y otras tantas había fracasado. ¡Si fuera rico!... ¡Ya lo creo! El dinero llama dinero, y el oro abre todas las puertas; pero no era lo peor que no fuese rico, sino que era tan pobre que estaba reducido al escasísimo sueldo que le daba la plaza de escribiente que desempeñaba en las oficinas de la Diputación de Palencia, gracias á las relaciones que un tío suyo, cura de un pueblo próximo, tenía con el vicepresidente de la Comisión provincial; por el lado de la riqueza, real ni presunta, no había que hacerse ilusiones, *lasciate ogni speranza*... ¡Si siquiera, ya que no fuese él rico, lo fuera alguno de sus parientes!... Pero ¡sí, sí! todos eran más pobres que Carracuca, como se dice por esta tierra del garbanzo.

La situación, como se vé, era apurada y digna de seria meditación; sin estudios, sin dinero, sin parientes de influjo, reducido á sus solas fuerzas (porque hasta el tío cura se había muerto sin dejarle ni un triste ochavo) teniendo

que buscárelas por sí solo, con aspiraciones á ser mucho no siendo nada, y sin otra base de elevacion que una plaza de escribiente, que no le daba de sí sino para comer sopas y patatas, Pepe se veía de mala manera.—¿Qué hacer?—se decía—esto es insostenible; yo me siento llamado á otra cosa; yo no puedo estar de escribiente toda mi vida; esto es espantoso. ¡Lástima de tío! ¡Por qué se moriría tan pronto! ¡Si siquiera hubiese logrado colocarme de oficial!... ¡Oh!... ¡Oficial!... ¡Ya lo creo!... ¡Si yo me encontrara en el pellejo de D. Canuto!... ¡No saben hacerse valer! ¡Pero escribiente!... ¿Quién hace caso de un escribiente? ¡Nadie! ¡Vaya V. á ofrecer sus servicios!... ¡Se reirían de uno!... Y sin embargo, esto no puede continuar, es necesario que esto acabe. Pero, ¿cómo? Ahí está el quid... ¡Veamos! Yo no soy feo... ¡gran idea! ¡Si se enamorara de mí D.^a Pascuala, la viuda de D. Benigno! Es influyente y dicen que muy sensible. Yo con poco me conformo; una plaza de oficial me basta para empezar; una vez ascendido á oficial, la cuestion está ya resuelta; me haría valer, y ó mucho me equivoco ó subiría como la espuma. ¡Nada, nada! probaremos fortuna; iré á ver á D.^a Pascuala; la diré que mi difunto tío me dió una recomendacion para ella; no es verdad, pero el caso es tener un pretexto para empezar á visitarla; malo ha de ser que siendo tan alegre como dicen, y adulándola convenientemente no me ofrezca su casa. ¡Al agua, patos! El que no se aventura no pasa la mar.

Pepe dió aquel primer paso y le salió á las mil maravillas. D.^a Pascuala, que en vida de su difunto no se distinguía por la rigidez de sus costumbres, soltó, despues de su muerte, la rienda á sus livianas pasiones, aunque guardando las formas y sin escándalo. Pepe tuvo la fortuna de encontrarla sola... decimos mal, de encontrarla con su gato, el hermoso Michis, de reluciente y cenicienta piel, célebre Tenorio de tejas arriba y favorito de su inflamable ama. La ocasion era propicia en sumo grado; la señora se aburría y el Michis la distraía jugueteando con una bola de papel. Pepe se hizo cargo de la situacion á una ojeada; supo ganarse la valiosa amistad del descendiente de Micifúz, y llegó á simpatizar con la tierna D.^a Pascuala.

A los quince dias era oficial de la Diputacion; jubiló su anticuado sombrero de copa y encargó un traje al mejor sastre de la localidad. Al mes de su visita á D.^a Pascuala, Pepe era una potencia en las oficinas; estaba desconocido. Creía no obstante á piés juntillas en el refran que dice «ninguno en su tierra es rey» y aunque en su ciudad natal pudo hacer su pacotilla, no vaciló en solicitar y obtener un destino que le permitiese, en ciudad desconocida y lejana, desarrollar con amplitud sus planes. Su despedida de D.^a Pascuala fué casi trágica; la pobre señora no podía resignarse á verse abandonada por aquel barbilindo quedándose otra vez sola con su Michis; lloró, suplicó, amenazó, pero todo en balde. Pepe tenía su plan formado y la credencial en el bolsillo, y no era posible retroceder. D.^a Pascuala le llamó infiel, ingrato, voluble, traidor, alevoso, perjuro, y qué sé yo cuántas cosas más. Pero Pepito siguió en sus trece y D.^a Pascuala tuvo que bajar la cabeza.—Despues de todo—pensó—no faltará quien me consuele ¡Todos son lo mismo!... ¡Pobre D.^a Pascuala!

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)

EL POROROCA

I

En vista de los favorables resultados que, para calmar los efectos de las tempestades en alta mar, produce la oleificacion de las olas embravecidas, parece que se piensa en Francia, á propuesta del académico de Bruselas, Mensbrugger, en hacer un decisivo ensayo del aceite, con el objeto de ver si tambien esta sustancia disminuye ó apacigua los desastrosos efectos del pororoca del Sena.

II

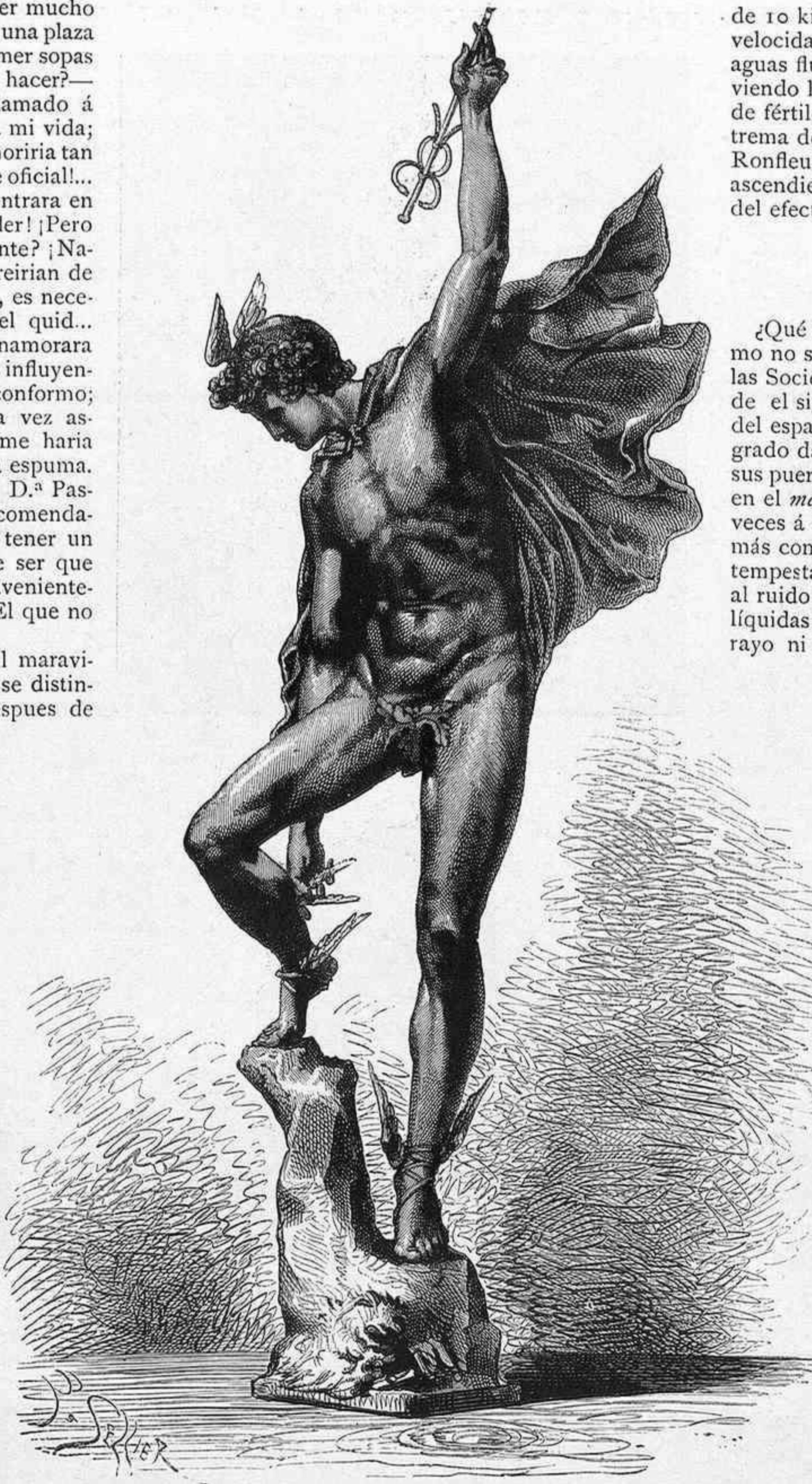
EL POROROCA (voz brasileña; en francés *barre de flot*, ó *barre*, ó *mascaret*; en portugués *pororoca* y *macareo*; en inglés *hore* y *boar*; *Springwelle* y *Vorfluth* en alemán), es un súbito y especial levantamiento de las aguas marinas en la entrada de algunos rios á las mareas vivas de equinoccio.

Las aguas marinas en la pleamar se alzan de repente algunos metros sobre el nivel de las aguas fluviales, y rompen con asordante estrépito y fiera velocidad rio arriba hasta excepcional distancia de la desembocadura.

No en la entrada de todos los rios se ven estos efectos. El fenómeno requiere:

- 1.º Que el rio desague en un extendido estuario inabundante en las mareas vivas;
- 2.º Que el estuario se angoste gradualmente;
- Y 3.º Que tambien se estreche el rio.

La invasion de las aguas del mar en las mareas vivas equinociales empuja hácia tierra considerable volumen de la masa líquida por la ancha entrada del estuario; allí



MERCURIO, estatua por Sellier

se agolpa el mar, y forzosamente se levanta y acumula, por no poder caminar desembarazadamente hácia la angostura del estuario, ni mucho ménos hácia la boca del rio, bastante más estrecha aún. La marea, creciendo siempre, sigue desde mar á dentro empujando hácia la playa el agua marina que ya ha penetrado en el interior de la tierra; y, cuando el flujo llega á la embocadura del rio, el acúmulo y exceso de las aguas marinas ha adquirido ya una elevacion irresistible sobre el nivel de las aguas fluviales descendentes hácia el mar; y, por tanto, el flujo, como una catarata, las atropella y les pasa por encima con la furia de un torrente desatado. En el *Severn* (canal de Bristol) el pororoca adquiere una elevacion de 9 piés (en este rio el agua de la marea creciente puede subir 18 piés en hora y media); en el *Brahmaputra*, de 12; en el *Indo*, de 9 (y bien experimentaron los barcos de Alejandro Magno lo terrible de las mareas de este rio); en la bahía de Fundy la elevacion del pororoca excede á la de *Severn*.

La terrible catarata es particularmente colosal en el Amazonas, á la confluencia del Ariguari.

Durante los tres dias próximos á los novilunios y plenilunios equinociales, la marea, en lugar de invertir ó horas para llegar á su máxima altura, llega á ella en el espacio de muy pocos momentos. Entónces se ve una ola de 4 á 5", luego una segunda, despues una tercera, á veces una cuarta, que se siguen sin interrupcion, abarcando de orilla á orilla. Y en el Guana y el Capin (cerca de Para), y tambien en el Meary (Maranhao) llegan repentinamente las tres ó cuatro intumescencias gigantescas, corriendo una tras otra con inconcebible y vertiginosa celeridad, trastornando terrenos considerables, arrancando de cuajo árboles corpulentos, y destruyendo cuanto se halla en aguas de poca profundidad. Este pororoca desaparece en cuanto pasa de los parajes estrechos y encuentra mucho fondo. Los indios de aquellos parajes son los que han dado al espantoso fenómeno el nombre onomatopéyico de POROROCA. El *macareo* del Sena, que ocurre con la mayor puntualidad en los novilunios y plenilunios equinociales, es de una imponente y majestuosa rapidez en Quillebœuf, donde la catarata marina, con una anchura

de 10 kilómetros y una altura de 2 á 3", avanza con la velocidad de un caballo á escape, haciendo retroceder las aguas fluviales hácia sus fuentes, atacando el suelo, moviendo la barra, y tragándose á veces grandes extensiones de fértiles terrenos, miéntras en general, y hasta en la extrema desembocadura del Sena mismo, en el Havre, en Ronfleur, en Berville, el flujo, como de costumbre, va ascendiendo por grados insensibles. Un dia ó dos ántes del efecto máximo, el macareo es todavía muy de temer.

III

¿Qué origina, pues, la periodicidad del pororoca? ¿Cómo no se habia advertido ántes esa periodicidad? ¿Cómo las Sociedades científicas de Lóndres y de Paris, que desde el siglo pasado tenían ya noticia por La Condamine del espantoso fenómeno en el Amazonas, no habian logrado dar con la clave de los desastres que se repetian á sus puertas, ya en el *hore* del *Severn* y del *Humber*, ya en el *mascaret* del Sena y el *Dordoña*, ocurridos muchas veces á la luz del sol más puro, en medio de la calma más completa, en la ausencia de todo viento y de toda tempestad ni aún en los límites del horizonte, y sin que, al ruido tremebundo ocasionado por la irrupcion de las líquidas montañas, se mezclasen las fulminaciones del rayo ni los estampidos del trueno?

IV

El fenómeno no podia tener explicacion ninguna miéntras no se conoció en la ciencia más que una sola clase de ondas líquidas; y los hombres,—como Lucano en su *Pharsalia* al hablar de las playas inciertas de Francia que pertenecen unas veces á la tierra y otras veces pertenecen á la mar,—se resignaban á «la ignorancia que los dioses han querido imponer á los hombres.»

V

Todo el mundo se ha entretenido alguna vez observando con gran deleite las ONDAS que se forman en un estanque, cuando un cuerpecillo cae sobre su tranquila superficie.

Todos igualmente han visto que esas ondas se extienden en círculos concéntricos, y que avanzan hasta muy léjos en el agua serena de un canal; y todos, en fin, cuando previos conocimientos tienen ya preparada ó ilustrada su observacion, han echado de ver, con cierta sorpresa, que una hoja, una ramilla, un corpúsculo cualquiera flotante en aquel agua remansada, sube y baja con las ondas, pero no camina con ella, sino que permanece fluctuando en su sitio, indiferente al viaje de la undulacion.

Esas undulaciones son, pues, más bien *tremor que movimiento*.

Este temblor del agua, producido por el viento, ó por un sólido al caer sobre un estanque, consiste principalmente en ascensos y descensos de las moléculas líquidas; pero de ninguna manera en trasporte, traslacion ó viaje de las moléculas mismas.

Así, un péndulo se mueve suspendido de un punto enteramente fijo.

Y así como, separado el hilo á plomo de su posicion de reposo y equilibrio, continúa, despues de suelto, moviéndose largo rato, de la misma manera continúan en el agua los círculos concéntricos despues de haber llegado al fondo la piedrecilla que les dió origen. El péndulo y las moléculas del agua siguen en sus oscilaciones obedientes á dos fuerzas: la perturbacion que los sacó de equilibrio, y la accion de la gravedad.

El que, habiéndose embarcado por primera vez, ve venir contra el buque olas animadas de la enorme velocidad de muchas millas por hora, siente con sorpresa (no bastante á calmar su espantada tribulacion) que el buque cabalga gallardamente sobre las gigantescas oleadas; y ve, con cierta tranquilidad, que pasan en seguida por debajo y se alejan rápidamente, sin desviar de su curso á la embarcacion, ni ofenderla en lo más mínimo.

—¿Cómo es que, si está bajando la marea, las olas, sin embargo, suben por la playa?—suelen preguntar los campesinos.—¿Cómo es que el movimiento de la onda líquida es diferente y contrario al movimiento de los cuerpos? ¿Cómo la masa puede no separarse de un lugar, y moverse, sin embargo, en ella una undulacion? ¿Será que la ola no es lo que parece? ¿Es, en efecto, una ilusion, una apariencia, y no una realidad de traslacion?

En esta clase de undulaciones, pues, nunca hay ascenso de una molécula líquida, sin subsiguiente descenso de la misma; nunca descenso sin ascenso inmediato, nunca convexidad sin concavidad gemela; jamás es único, ántes bien siempre es múltiple, este agitarse de las aguas en subir y bajar continuamente: jamás se ve una intumescencia sola, ni tampoco una cavidad única; sino una GREY NUMEROSA de elevaciones y depresiones de la superficie; por lo cual esta clase de agitaciones líquidas ha recibido de Scott Russell el expresivo nombre de GREGARIAS. Las ondas se siguen siempre unas á otras con maravillosa regularidad: toda molécula situada en la cresta de una onda descende de su elevada posicion para volver otra vez á

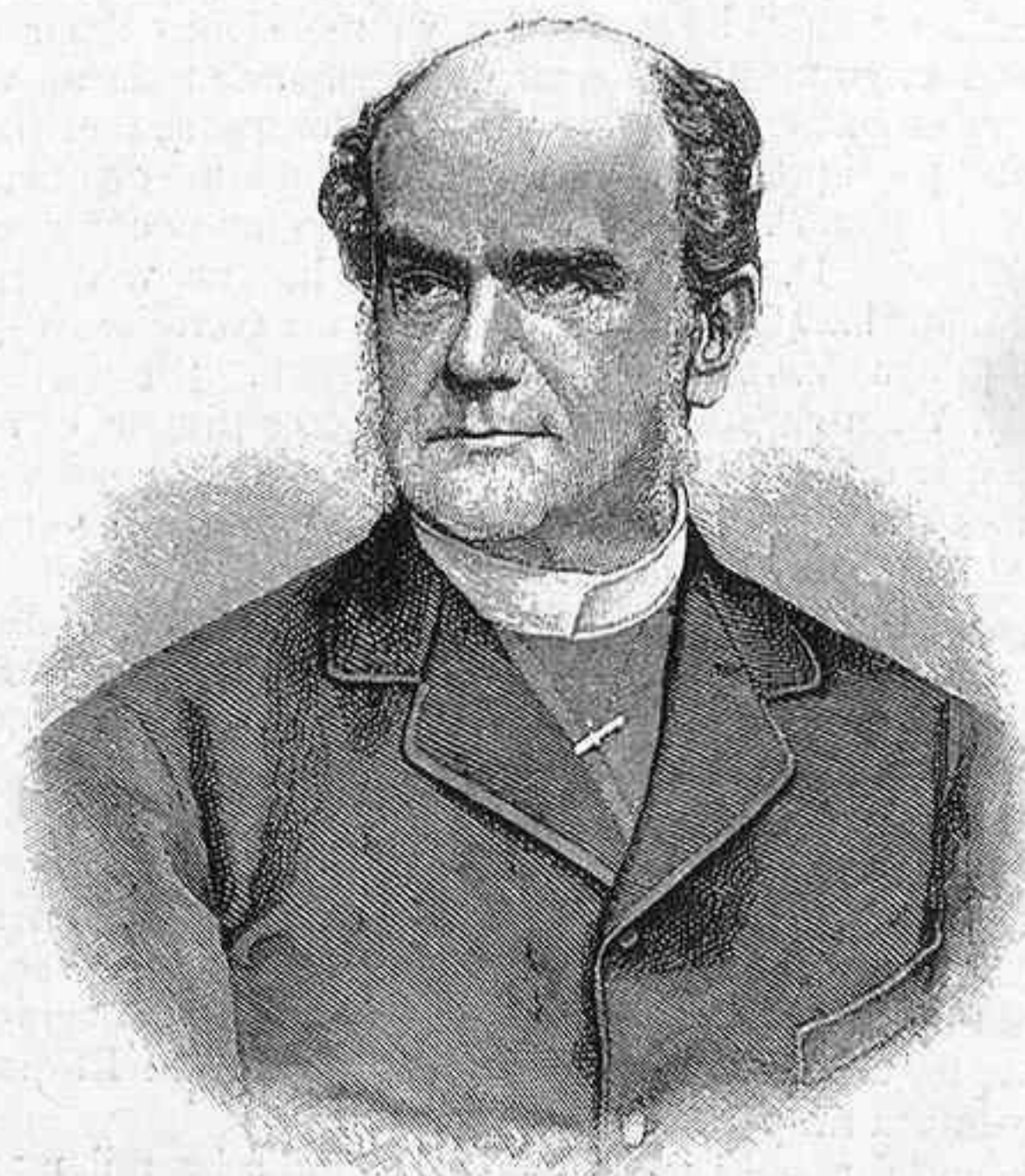
LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS EN LA CONFERENCIA DE BERLIN



BARON BILDT
representante de Suecia y Noruega



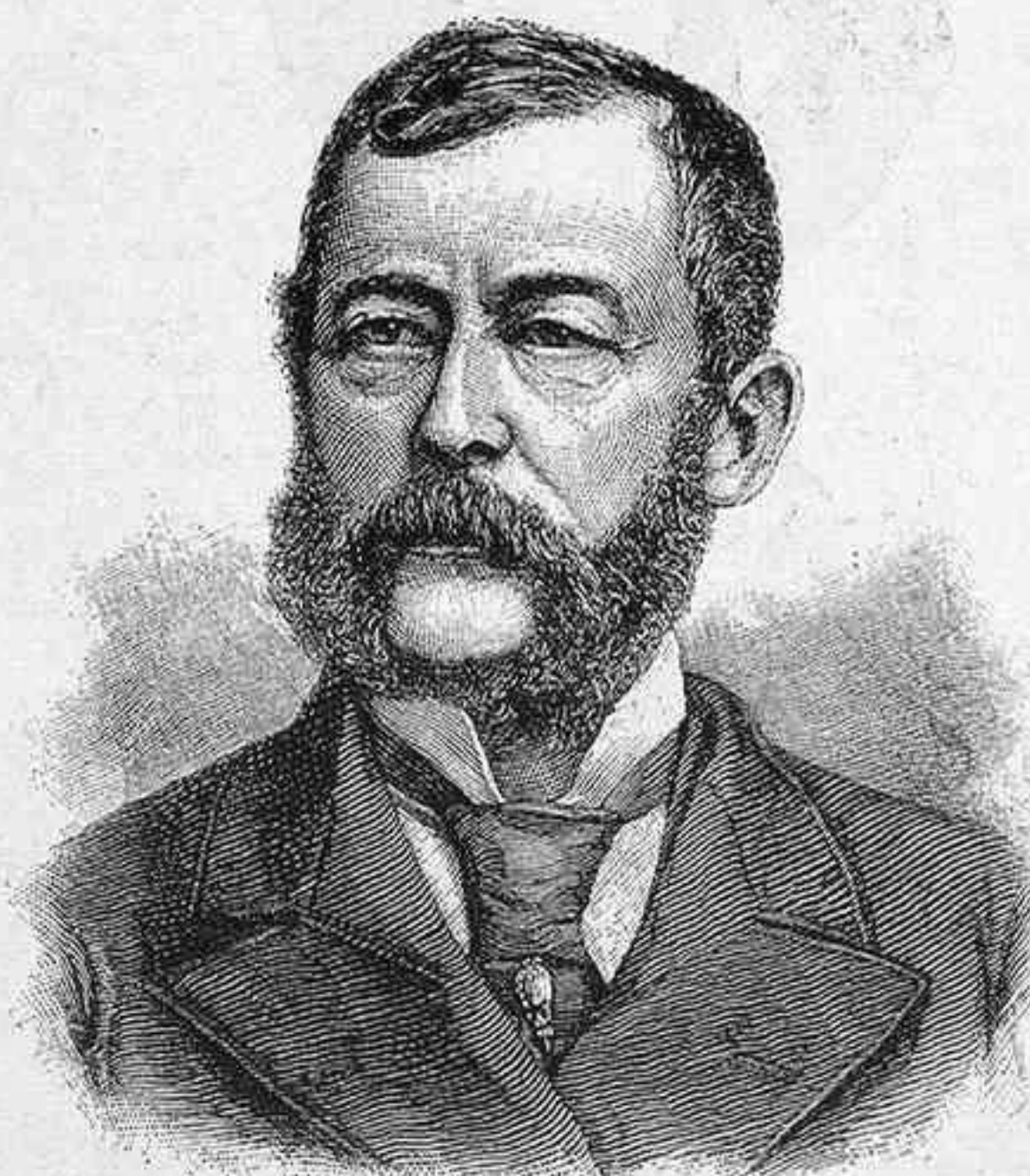
EL PRÍNCIPE DE BISMARCK



MARQUÉS DE BEDMAR
representante de España



CONDE DE LAUNAY
representante de Italia



JOHN A. RASSON
representante de los Estados Unidos norte-americanos



CONDE E. SZECHENVI
representante de Austria-Hungría



SIR EDUARDO B. MALET
representante de Inglaterra



CONDE HATZFELD
Ministro prusiano de Negocios extranjeros



MARQUÉS DE PEÑAFIEL
representante de Portugal

ella, y el tiempo que invierte en una primera undulación, es igual al que emplea en otra segunda, en otra tercera y en cada una de las siguientes; y, además, ese tiempo que una molécula emplea en la oscilación es igual al tiempo que en el mismo estanque, y en las propias circunstancias, invierte otra molécula cualquiera en su ascenso y descenso individual; de modo que, como sucede en las oscilaciones de los péndulos de una MISMA LONGITUD, las ondas de una MISMA AMPLITUD verifican sus ascensos y descensos en tiempos iguales é independientemente de la altura.

Su velocidad de trasmisión (nótese esto bien) es independiente de la profundidad del fluido.

En la superficie de los líquidos la forma de estas ondas es la de cicloides elongadas—más ó menos—pero nunca

la de la cicloide misma, porque las ondas se rompen en cuanto se acercan mucho á esta forma, que parece ser su límite.

Las moléculas, pues, en estos experimentos no viajan, por más que undulen; como en un campo de trigo las doradas espigas, agitadas por el viento, remedan las undulaciones de los lagos, sin separarse del lugar donde están fijas sus raíces.

Si, pues, llamamos positivo al subir, y negativo al bajar, en toda undulación producida por el viento ó por el choque de un cuerpo sólido sobre la superficie de las aguas, tendremos siempre, durante el tremor del líquido, un período positivo y otro negativo, sucediéndose ambos rápidamente y á intervalos regulares, pero sin movimiento real de traslación.

La undulación de las espigas es una individualidad fantasmagórica: la forma subsiste, pero la espiga que está ahora en la cúspide no es la que estará en el inmediato instante, ni la que estará luego ni después mientras dure la MISMA undulación. El movimiento de las ondas no es el transporte de la materia, sino el movimiento de un movimiento, como Russell dice con suma profundidad; es la transferencia del tremor de una molécula á la inmediata, y de esta á la siguiente, y de la 3^a á la 4^a....., *sin la transferencia material de ninguna*; es la emigración de la forma sin la peregrinación de la substancia; es la trasmisión de la fuerza sin el viaje del agente.

E. BENOT

(Se continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.